

RESEÑA

LA EVALUACIÓN DE LAS LENGUAS. GARANTÍAS Y LIMITACIONES (2011, A, MARTÍNEZ BATZÁN)

SUSANA LLORIÁN GONZÁLEZ
FORMADORA DE PROFESORES Y AUTORA DE MATERIALES

La didáctica de las lenguas extranjeras y segundas se ha consolidado a lo largo de los últimos años como una profesión con entidad autónoma. Aquellos que la ejercen precisan capacitación específica y especializada, a la que acceden a través de la formación reflexiva o de programas reglados, en los niveles de grado y de postgrado. En estas experiencias, se aprecia, en relación con otros componentes de la formación, menor atención a la evaluación, que se refleja en escasez de referencias bibliográficas, sobre todo, orientadas a la práctica. Es mucho lo que se ha escrito sobre las causas que subyacen a este fenómeno: el rechazo generalizado hacia los exámenes, al considerarse instrumentos de sanción, de control y de poder, o la falta de consonancia entre las bases de la formación de los profesores de idiomas –preferente humanista– y las exigencias de una evaluación con garantías, que requiere el manejo de las herramientas y procedimientos, que aportan disciplinas como la Psicometría y la Estadística.

La realidad actual de los estados democráticos en países favorecidos y económicamente desarrollados demanda con cada vez más énfasis prácticas –y sobre todo herramientas– que permitan promover la distribución equitativa, racional y justa de las oportunidades de estudio, empleo, promoción, movilidad, estatus de ciudadanía, etc. Por esta razón, la evaluación está cada vez más presente en la sociedad. Los usuarios de los exámenes y los profesores están cada vez más concienciados de que es necesario disponer de evidencias de que las notas o los informes de la evaluación son realmente un reflejo de los atributos de los candidatos o alumnos, en nuestro ámbito, capacidad de usar la lengua para generar o interpretar discurso, y del grado en que la han desarrollado.

La obra de Martínez Batzán viene a situarse, de forma tan oportuna como necesaria, en este panorama social y en perfecta coherencia con el paradigma o enfoque de la evaluación que acabamos de describir. Contribuye así a que el profesor de lenguas llegue a constituirse en un profesional de la evaluación, lo cual, a día de hoy, significa tener conciencia, asumir la responsabilidad y aplicar los procedimientos que permitan justificar los resultados de los exámenes. Esto implica rigor y sistematicidad a lo largo de todo el ciclo de examen, que transcurre desde el planteamiento de su necesidad (formulación de objetivos) a la comunicación de sus resultados y pasa por: la recogida de información sobre las necesidades de los usuarios o de los distintos aspectos de los programas; la planificación y el diseño del examen y de los sistemas de calificación; la validación psicométrica y de contenido; la administración y la calificación. En este proceso, es necesario acumular evidencias que avalen la referida justificación mediante procedimientos científicos.

Martínez Batzán logra proporcionar al usuario, con un lenguaje sencillo y directo, los conceptos básicos de lo que supone la práctica de una evaluación garantista, es decir, aquella en la que los resultados están justificados. De forma amena, contribuye a que se erradiquen muchas ideas equivocadas sobre los exámenes que aún subyacen a las praxis de muchos profesionales. El secreto reside en la capacidad de simplificar y de ilustrar con metáforas o ejemplos precisos e

REVISTA ELECTRÓNICA DE LINGÜÍSTICA APLICADA (ISSN 1885-9089)

2012, Número 12, páginas 151-153

Recibido: 01/04/2011

Aceptación comunicada: 05/04/2011

iluminadores. Todo ello se completa con la presentación de herramientas y de procedimientos muy sencillos que se pueden adaptar y aplicar a distintas situaciones de examen, incluso en los casos de profesores poco entrenados, que trabajan en circunstancias de presión de tiempo y escasez de recursos.

Este despliegue de maestría pedagógica no implica que el volumen se destine únicamente a profesionales no iniciados. Esto se aprecia ya desde un índice, nada convencional en el ámbito de la evaluación, que revela que el libro no tiene una vocación de manual, sino una orientación claramente práctica. El sumario conduce al lector directamente a las situaciones de trabajo cotidiano en que necesita resolver dudas conceptuales o realizar tareas implicadas en el desarrollo de un examen. La práctica se facilita con un complemento que el lector puede hallar al final y que consiste en la compilación de cuatro apéndices, donde se recogen ejemplos o modelos de herramientas y de procedimientos muy simplificados, diseñados para lo siguiente: describir las características de las tareas de examen (apéndice 1), calcular la capacidad de los ítems para discriminar (apéndice 2), correlacionar resultados de las diferentes pruebas del examen (apéndice 3) y aplicar medidas mínimas que contribuyan a garantizar el requisito básico de fiabilidad (apéndice 4).

La organización interna de los ocho capítulos en que se articula el contenido (a los que se suman introducción y epílogo) se compone de una introducción, los epígrafes que tratan los temas secundarios y una serie de preguntas que bien guían y focalizan la lectura, si se consultan previamente, o bien le confieren sentido si se emplean al final para reflexionar sobre la propia práctica o a modo de recapitulación.

El primer capítulo despeja algunas creencias falsas y peligrosas sobre la evaluación, no por ello menos extendidas entre los profesores, como por ejemplo, la asunción de premisas como las siguientes: que existe un examen único, que un examen puede extrapolarse de un contexto a otro, que los resultados del examen dependen únicamente de los candidatos o que los usuarios (alumnos, padres, profesores, etc.) no tengan derecho a acceder las condiciones y características de la evaluación, con el fin de tomar sus propias decisiones respecto a ella: seleccionar el examen que mejor se adecúe a sus necesidades de certificación, presentar reclamaciones de los resultados, etc. De esta forma, el lector se adentra en una toma de conciencia sobre la responsabilidad del evaluador, que comienza por la definición de aquello que se propone medir a hacerlo con las herramientas adecuadas, controlando, en la medida de lo posible, los factores que puedan interferir y afectar a la medición. La toma de conciencia se extiende a otros aspectos como la necesidad de conocer las limitaciones de la evaluación y de la importancia de la capacitación y monitorización de examinadores y administradores, aval básico del argumento de validez que se construye a lo largo del ciclo de examen.

Una vez sentadas las bases de un enfoque perfectamente actualizado, Martínez Batzán nos sitúa en los principios de la evaluación garantista. Insiste en la necesidad de recoger evidencias de justificación de los resultados, identificando su naturaleza y la forma de hacerlo. Se detiene en la importancia de adecuarse al contexto de la evaluación y en los fundamentos que deben guiar el diseño de las tareas de examen.

Herramientas de la evaluación es el título del capítulo 3. Un análisis superficial de su estructura podría crear una idea errónea de eclecticismo, ya que abarca los tres temas siguientes: las escalas de evaluación, las notas o calificaciones y las especificaciones de examen. Con la lectura, se encuentra la coherencia, fundamentada de nuevo en el enfoque práctico. La irrupción en el panorama europeo de las escalas de descriptores ilustrativos, debido al impacto del Marco Común Europeo de Referencia ha generado muchas dudas entre los profesores acerca del papel y el uso de los sistemas de referencia externos en la evaluación. Martínez Batzán, especialista en el tema, proporciona una visión panorámica de estos sistemas a escala mundial y nos lleva a la relación que se puede establecer entre éstos y los resultados de los exámenes en términos cuantitativos (notas) o cualitativos (informes de evaluación). Finalmente, plantea la relación de

las escalas con el constructo de la evaluación y su descripción y operacionalización en las especificaciones de los exámenes.

En la parte central del libro, capítulos 4 y 5, se ubica el concepto clave del enfoque de la evaluación garantista: la validez. Primero, trata la validación de los ítems y, después, el despliegue de la idea de validez en relación con el examen. El autor evita la reflexión sobre la evolución que ha experimentado este concepto en el ámbito de la psicometría y de la evaluación educativa. Opta, sin embargo, por presentar una visión fraccionada de la validez, seguramente por razones de orden didáctico, con objeto de no incurrir en abstracciones que puedan confundir al lector.

Los cuatro últimos capítulos se centran en la aplicación de los principios y procedimientos a diferentes contextos de examen y a distintos objetivos de la evaluación. Se distingue entre la evaluación vinculada a programas de enseñanza (capítulos 6 y 7) y la evaluación que se realiza con fines certificativos, al margen de los procesos de enseñanza (capítulos 8 y 9). En el capítulo 6, se tratan con carácter monográfico los exámenes de clasificación, tema prácticamente ausente en los libros dedicados a la evaluación. Este tipo de examen recibe normalmente escasa atención por parte de los especialistas al considerarse de bajo perfil. Suele ignorarse, sin embargo, la importancia que tiene su diseño y las consecuencias negativas de un examen que no clasifique correctamente a los alumnos, en cuanto a la gestión racional de los recursos de un centro y al rendimiento de los alumnos que no se emplazan en el curso o grupo adecuados. El capítulo 7 se dedica al desarrollo de pruebas de examen de progreso, de aprovechamiento y de diagnóstico. Se ofrecen ejemplos de mala praxis, a través de los cuales se guía al lector a la forma de enfocar el desarrollo de pruebas, de modo que la evaluación tenga resultados válidos y fiables.

El capítulo 8 está dedicado íntegramente a las pruebas orales de los exámenes certificativos. Encontramos aquí las mejores páginas del libro. El autor se extiende en los escollos más habituales con los que se topa el examinador al realizar las entrevistas de las pruebas de interacción oral. El enfoque de Martínez Batzán se orienta a que el entrevistador logre extraer muestras de la mayor calidad posible de la actuación del candidato. El capítulo 9 abarca el resto de las pruebas de los exámenes certificativos: la expresión e interacción escritas y la comprensión oral y escrita. Se tratan aspectos como la forma de describir el constructo de la evaluación o cuestiones relativas al modo de construir el sistema de calificación; se proporcionan, además, pautas para la redacción de ítems.

El epílogo, además de dotar de coherencia a todo lo anterior, permite que los lectores habituales de Martínez Batzán nos reencontremos con su autor en uno de sus paseos por la vida cotidiana, en los que halla a cada paso ejemplos de presencia de la evaluación: los juicios que se recrean en el cine, las baterías de preguntas que realiza, por ejemplo, un policía para hacer una verificación, etc. El autor encuentra siempre una excusa para aprovechar este tipo de ejemplo y embarcar a sus lectores en una reflexión sobre la evaluación, siempre interesante, que hace que este tema se nos presente como una faceta apasionante de la profesión de la Lingüística Aplicada.

En resumidas cuentas, los profesores tienen ahora a su disposición un instrumento que puede asistirlos en su actividad cotidiana cuando se enfrentan a tareas complejas como la especificación de pruebas de examen, la redacción de ítems, su validación, etc. Los formadores de profesores pueden servirse asimismo de este libro como un modelo para introducir a los profesionales en las buenas prácticas de la evaluación en varias de las dimensiones y de las facetas que abarca este concepto.